

EL MUNDO EN 200 SEMANAS

Por **JUAN ALDEBARAN**

«Triunfo» alcanza, con el presente, su número 200. Para conmemorarlo nuestro colaborador Juan Aldebarán ha escrito el reportaje que publicamos a continuación, en el que se analizan los acontecimientos políticos, sociales, espirituales y culturales habidos en el mundo en las últimas doscientas semanas y tan extensamente registrados en la revista.

DESDE las páginas de cualquier revista nos mira ahora una muchacha cuadrículada, erguida —como un ave— sobre las largas, finas, desnudas piernas; ofreciéndonos la reaparición, en sociedad, de las rodillas, que estaban ocultas desde los tiempos del «charleston». Quizá calzadas con unas botas blancas de Courrèges, unas botas dominantes y un poco fetichistas —los botines de las mujeres de Sade, las botitas de la «*belle époque*», las botas de montar de la «Señorita Julia» de Strindberg, las del «*Journal d'une femme de chambre*» visto por Buñuel—, quizá con los párpados, o con una franja del pelo, o con el rostro completo, escaqueados por el «op». En cada barrio hay ahora un pequeño courrèges, un pequeño tendero que fascina y se deja fascinar por el «op art»; en cada barrio casi, en cada una de las provincias —hasta en las más impermeables, en las más romanas, en las más árabes— hay una puerta entreabierta, unas escaleras hacia un sótano —que quizá un día fue sencilla carbonera— y en ese sótano están las guitarras eléctricas, los agudos nervios de nuestro tiempo. Están los muchachos de cabellera neorromántica, las muchachas de las rodillas al aire. Y la coca-cola —poco *whisky*: el reino del *whisky* ya está terminado—, y los ceniceros humeantes, repletos de colillas, de cigarrillos a medio fu-

mar. Esos cigarrillos que han ganado ahora una nueva soberbia, una nueva fuerza, una mayor adhesión desde que se dice que pueden ser mortales.

Hace doscientas semanas, hace casi cuatro años, aún vivíamos de las rentas de la «*dolce vita*». Las mujeres eran todavía «enormes», como aquella Aicha Nana —turca— que una noche de noviembre, en un «club» del Trastevere, improvisó un «*strip tease*»; como Anita Ekberg, que la contemplaba; como Sofía Loren que había bamboleado sus senos ante la cámara por las cuevas de Nápoles. Todavía en el verano de 1962 el mundo era de los adultos y de los hombres. Algo, sin embargo, estaba apuntando por debajo de todo aquello. Podía haberse visto que por debajo de todo aquello surgían nuevas imágenes, nuevas perezas. Jean Seberg estaba allí, fotografiada por Jean Luc Godard —«*A bout de souffle*»—; Chabrol se reía, con una crueldad infinita, de un viejo sistema de trucos, de relaciones sexuales entre adultos —«*Les Bonnes femmes*»—. Michelangelo Antonioni había enseñado a mirar de otra manera el mundo. Los largos muros blancos, los campos sin límites, los cielos rasos; y en ellos, una figura femenina distinta. En ellos, Mónica Vitti, lineal, filiforme, silenciosa.

Una de las claves de nuestros días es ésta: la educación de la mirada. La nueva escue-

la literaria se llama «*école du regard*». El arte es óptico, y de ese «*op art*» ha nacido un nuevo estilo de decorado, de moda; y de esa moda ha surgido una mujer nueva, un estilo probablemente irrevocable. Con una nueva mirada, los objetos acostumbrados se funden, se deshacen. Los objetos son frutos de una civilización, de una época; verlos, ahora, podridos y absurdos, es ver desaparecer su tiempo, el tiempo que los ha creado. Los críticos del arte nuevo, los críticos del «*op*», han creado un vocabulario para su uso. Hablan de «cosquilleo de los ojos», de «escozor de los ojos», de «tirón de los ojos». Un crítico americano escribe que el «*op art*» «obliga a los ojos a una aguda y dolorosa calistenia de la retina» (calistenia es una derivación de dos palabras griegas, «belleza» y «fuerza»: la calistenia es una forma de la gimnasia que supone un ejercicio físico capaz de desarrollar estéticamente los músculos). Otro crítico —Rosaling Constable— estima que el «*op*» es capaz de crear «post efectos»; es decir, que su influencia en la manera de ver, en la manera de mirar, dura después de la contemplación del objeto artístico. El «*op art*» es efímero. Los estamos contemplando ahora en la vida diaria —en las cortinas de la casa, en los aparatos electrodomésticos, en las ropas de las muchachas— y se está marchando ya quizá de este mundo, dejando **SIGUE**

Look out
for these
minim' doors

Henry's





No hace muchos años, los muchachos se vestían de oscuro y las niñas se calzaban antes de tiempo para imitar a sus madres. La imitación se ha vuelto ahora a la inversa. Los que están aprendiendo a ver son los jóvenes, con una mirada que no es una simple mirada de espectadores, sino una mirada que quema, que destruye.

tras de sí la estela de objetos de todo arte. Pero cuando se vaya habrá roto todos los objetos anteriores, habrán creado una nueva forma de ver, de mirar. Ya parece que la escuela literaria «de la mirada» se ha limitado a sus grandes maestros; pero ya la literatura, el mundo, las personas y las cosas, no pueden ser consideradas igual que antes de la escritura de Robbe-Grillet, de Nathalie Sarraute, de Michel Butor.

LA novedad de este movimiento intelectual que está penetrando profundamente en la vida de cada día es doble. Por una parte existe una correlación absoluta —como queda ya, casi, enunciado— entre lo intelectual y su proyección en la vida diaria. La vanguardia

tarda apenas minutos en convertirse en «manera», en «modo» —modo, en realidad, es como debíamos haber llamado siempre a la «moda»; la «moda» no es más que un «modo» variable y transitorio; su feminización procede de aplicarlo generalmente al arte de vestir que se entiende, erróneamente, como una cuestión femenina—. Es decir, las nuevas artes, al convertirse en usuales, demuestran como una urgencia, una premura. Como si hubiese que sustituir —ahora que todavía estamos a tiempo— algo que irremediablemente se desmorona. Cualquier innovación, cualquier «ismo», ha tardado muchos años en ser admitido en el círculo mágico de los establecedores del arte anterior, muchos más en llegar a la vida diaria. Ese lapso, no existe.

La segunda novedad es el de la adopción

de la novedad por parte de la juventud. No siempre ha sido así. Más justamente podría decirse que siempre no ha sido así. La cuestión viene de lejos, viene de antes, pero puede decirse que más o menos en estas doscientas semanas, en estos cuatro años cortos, el tema, se ha planteado, se ha profundizado y está hoy en plena vigencia, aunque aún sin solución; hay una fisura completa entre los jóvenes y los mayores. Los que están aprendiendo a ver son los jóvenes, los que se sienten mirados, contemplados, son los adultos. Esta mirada ejercitada por la calistenia no es una simple mirada de espectadores. Es una mirada que quema, que destruye. Estos ángeles exterminadores han perdido el silencio que parecía ser gala y virtud de las generaciones anteriores, y que en un **SIGUE**

El «op arts» es efímero. Pero cuando se vaya habrá roto todos los objetos anteriores, habrá creado una nueva forma de ver, de mirar. En cada barrio hay ahora un pequeño Courrèges, fascinado por el «op».



mundo hecho por los adultos y conservado por ellos se rodeaba de vocablos encomiásticos: timidez, moderación, inocencia, sencillez, obediencia, respeto, conformidad. Todo ello se ha atomizado, o se está atomizando. No hace aún muchos años cuando un joven rompía sus lazos con el mundo de los mayores se le consideraba como un anormal. No hace ya más que un puñado de semanas se les llamaba «rebeldes sin causa». Ahora se está empezando a admitir que tienen una causa. Y que esa causa consiste en que los adultos les han legado un mundo injusto, un mundo incomprensible. Y ellos quieren, como pueden, restablecer la justicia.

Sobre la fuerza, sobre la pujanza de este movimiento de la juventud es preciso, apenas, detenerse. Basta con contemplar. Si el adulto ejercita también un poco la retina verá no sólo a los jóvenes como son, como dominan y como invaden; se verá a sí mismo arrollado y tratando de fingir para defenderse. Contemplará a su esposa, madre de familia, alzar sus faldas y mostrar sus rodillas como una falsa muchacha; se verá él mismo vestido con un polo o con una corbata «op». En la angustia del hombre de treinta, de treinta y cinco años que lee los anuncios de los periódicos en los que se ofrece trabajo y encuentra que a su edad es ya viejo para optar a las «nuevas oportunidades» puede encontrarse fácilmente el cambio de los tiempos. No hace muchos años los muchachos se vestían con trajes oscuros, las niñas se calzaban antes de tiempo para imitar a sus madres. La imitación se ha vuelto ahora a la inversa.

El diálogo entre lo justo y lo injusto se ha planteado pocas veces en la historia con la profundidad y la extensión con que se plantea en estos momentos. Puede decirse que prácticamente se ha descubierto la injusticia. Se ha descubierto que la mujer se encuentra en una situación de inferioridad, que vive en un mundo hecho por los varones y a medida de ellos y que toda la glorificación de las épocas anteriores no era más que un revestimiento de mitos. Se ha descubierto que la situación de la juventud era injusta en una sociedad de adultos, senatorial, donde el menor de veinticinco años era un mudo sumiso que suministraba mano de obra, carne de cañón, pero que no podía variar su propio destino, que era el de llegar a ser un adulto educado para dominar a los menores siguientes. Se ha descubierto que el hambre no es una desgracia del destino, una obligación de la geografía o, peor aún, una discriminación divina en castas y razas, como ocurre aún en la India. Se ha descubierto que el hecho de nacer proletario es injusto si no se encuentra una manera de permeabilizar la sociedad, de que haya un movimiento continuo ascendente y descendente entre las capas sociales, que tienen que dejar de ser herméticas. Se ha descubierto que es injusta la colonización. Y que es injusto ser negro, si es que ser negro supone estar subordinado a los blancos. En el mundo de la primera guerra mundial eran todavía justas esta clase de estructuras. Eran aceptadas y aceptables; y no sólo por quienes estaban en la posición privilegiada, sino también por los que estaban inferiorizados. Finalmente, se ha descubierto que las guerras eran injustas.

EN el verano de 1962, Francia estaba a punto de terminar su guerra en Argelia, aunque todavía quedaba mucha sangre por correr. Pero una enorme masa de franceses, encabezada por los intelectuales —desde el **SIGUE**



Estos ángeles exterminadores han perdido el silencio que parecía la gala y virtud de las generaciones anteriores, y que, en un mundo hecho por los adultos y conservado por ellos, se rodeaba de vocablos encomiásticos: timidez, moderación, respeto, conformidad... Todo ello se ha atomizado o se está atomizando.





Se ha descubierto que es injusta la colonización. Y que es injusto ser negro, si es que ser negro supone estar subordinado a los blancos. En el mundo de la primera guerra mundial eran todavía justas estas clases de estructuras.

católico François Mauriac hasta el ateo Jean Paul Sartre— clamaba desde hacía años que esa guerra era injusta. En el verano de 1962 un estudiante negro, James Meredith, intentaba sin conseguirlo ser admitido en una Universidad de blancos, la de Mississippi. La guerra fría estaba abierta: las conversaciones de Ginebra no habían conseguido cortar los ensayos nucleares, y se iba a producir el punto culminante: la crisis de Cuba. El Papa Juan XXIII había celebrado ya la primera parte del Concilio Vaticano, pero aún los grandes temas de la «puesta al día», del diálogo con el mundo moderno, estaban apenas esbozados. Había guerra en el Yemen —republicanos contra monárquicos—, guerra en el Himalaya —el conflicto entre China y la India—, Israel había ahorcado a Eichman.

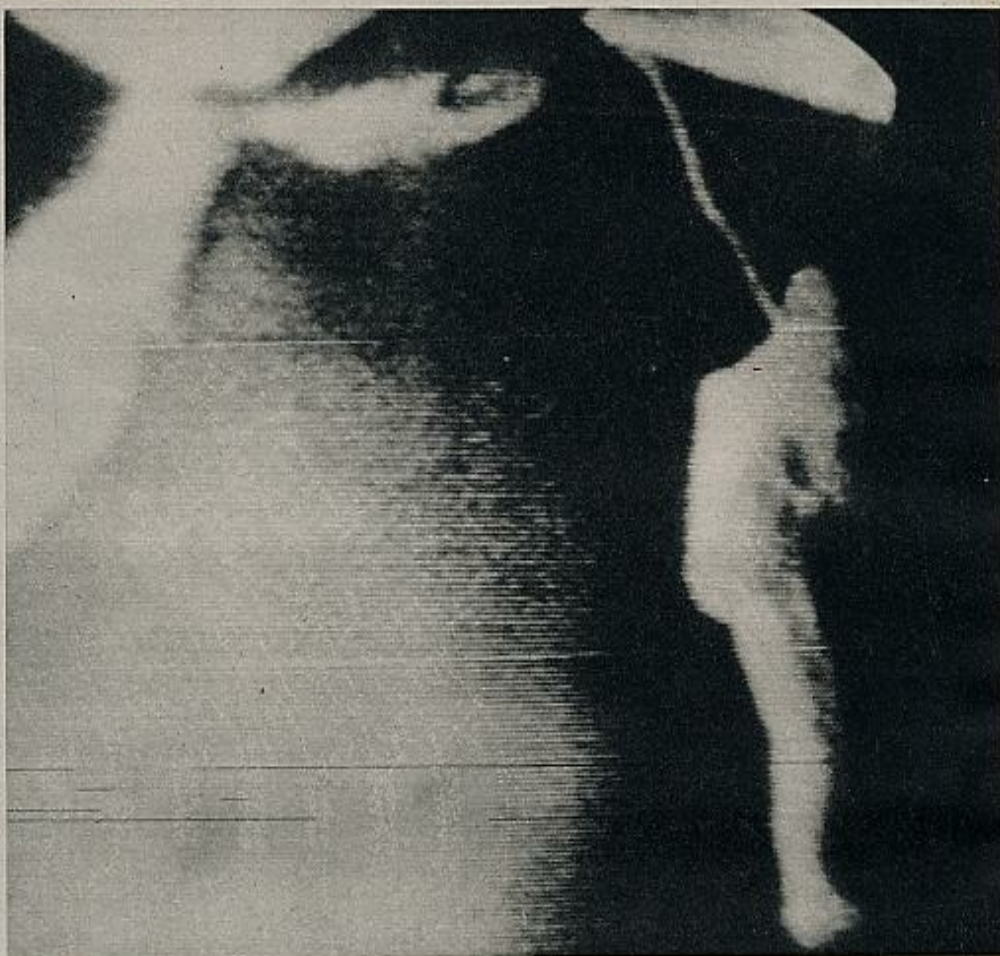
A vista de pájaro, los acontecimientos que se han producido en estas doscientas semanas han mostrado, como siempre pasa en la Historia, un movimiento de va y ven. Se ha publicado la Encíclica «Pacem in Terris», se ha conseguido el Tratado de Moscú, ha desaparecido Adenauer de la vida pública, Pablo VI ha viajado por el mundo, se ha promulgado la ley de derechos cívicos de los negros en Estados Unidos, los laboristas han ganado las elecciones británicas, el hombre —Leonov— ha pisado el espacio; al mismo tiempo, han matado a Kennedy, se está deshaciendo el neutralismo del Tercer Mundo, arde la guerra en el Vietnam, China es dueña de la bomba atómica, se deshace la unidad europea, los laboristas gobiernan Gran Bretaña de una manera vacilante... Es difícil obtener un balance seguro acerca de los hechos materiales. La urgencia de los hechos materiales, de los hechos históricos, sólo puede medirse con arreglo a una referencia: si estamos más o menos cerca que antes de la guerra nuclear. Estamos, a mi juicio, algo más lejos que antes.

LA presencia del hombre en el espacio se ha hecho habitual en estos cuatro años. Gagarin y Titov, Shepard y Grissom, protagonistas de los vuelos de 1961, realizaron unos vuelos con características de aventura. La seguridad y la maestría con que cuatro o cinco años después se mueven en el espacio exterior sus sucesores suponen un avance fabuloso. Incluso el fracaso del más reciente vuelo doble nos ilustra sobre el avance de la técnica que permite resolver sin tragedia un fallo grave en el espacio. La aceleración del perfeccionamiento técnico es manifiesta, sobre todo si la comparamos con otros procesos técnicos históricos paralelos. Por ejemplo, el avión. Entre el primer salto en el aire y el segundo —los de Clement Ader— pasaron siete años; otros seis hicieron falta para conseguir una altura de tres metros (1903). En 1909 un avión se elevó a 155 metros de altura; y el año siguiente se conseguían los mil metros...

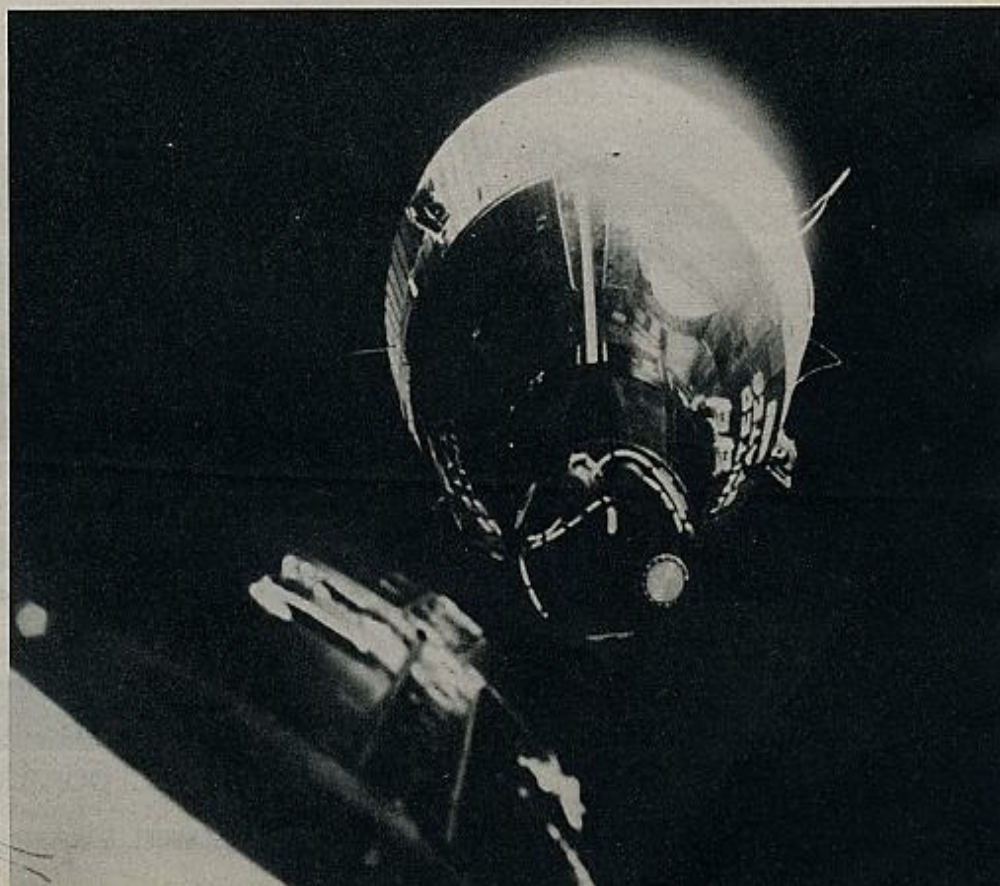
¿Es preciso concluir, por ello, que estamos en la «era espacial»? Se repite este término con cierto orgullo —y hay motivos para tenerlo— pero quizá con alguna impaciencia. Es posible que ninguna de las generaciones que conviven hoy en la Tierra lleguen a tener una verdadera «vida espacial», y que los beneficios digamos sociales de las exploraciones actuales queden para mucho más allá, para mucho más adelante. Los sabios tienen previsto que los primeros inter-

SIGUE

200
SEMANAS



Gagarin y Titov, Shepard y Grissom, protagonistas de los vuelos de 1961, los realizaron con espíritu de aventura. La seguridad y maestría con que, cuatro o cinco años más tarde, se mueven en el espacio exterior sus sucesores suponen un avance que puede, sin ningún temor a exageraciones, calificarse de fabuloso.





tan
confortable
tan
suave
que
ni se nota

comodidad noche tras noche...

Sin botones, recosidos ni elementos metálicos que molestan, y fabricado totalmente de espuma de polieter, POLITAN es puro colchón, todo lo que tiene es colchón. Sus celdillas de espuma de polieter y aire conservan la temperatura en invierno y aíslan del calor en verano.

POLITAN siempre recupera la forma para que usted lo encuentre cada noche tan confortable como el primer día.

Totalmente
de polieter
de espuma



Colchón

politan

tan cómodo... porque es todo colchón

cambios reales con la Luna —el establecimiento de «colonias»— no podrá realizarse hasta dentro de unos cien años; entre tanto habrá «misiones» que puedan llegar hasta Júpiter, se prepararán los vuelos intergalácticos —hacia otros sistemas solares—. La era espacial no es para nosotros. Los pequeños beneficios que estamos obteniendo —satélites de telecomunicación, predicciones meteorológicas más exactas— se irán multiplicando, y esto será todo para nosotros. Estamos trabajando para el futuro, y estamos abriendo una conciencia espacial a nuestros sucesores.

En las últimas semanas las informaciones facilitadas por los viajeros del espacio —no sólo por los hombres, sino por los «robots» enviados a las exploraciones más peligrosas— nos están dando, sin embargo, una noción del Universo que va destruyendo viejas leyendas. Ha sido ya fácil —ha bastado con los telescopios— para saber que no había vida en la Luna: adiós, selenitas. Se acaba de ver que tampoco la hay en Marte —¡adiós, marcianos!— con la que se viene abajo una larga y abundante literatura de anticipación. La idea popular de que Venus era una «gemela de la Tierra» ha desaparecido con el vuelo del «Mariner VI» —datos publicados en 1963— y se han venido abajo las tesis de los astrónomos de 1900 según las cuales Venus podía en estos momentos tener una vida semejante a la de la Tierra en la prehistoria, con sus dinosaurios y sus fabulosos reptiles. No se sabe aún, pero lo más probable es que en Venus no haya tampoco ninguna forma de vida.

Estos descubrimientos tienen una importancia que se puede considerar como filosófica: poco a poco se va creando la idea de que no hay vida en todo el Universo y de que el hombre de la Tierra está solo en el Cosmos. La idea es también prematura, y quizá tengan que pasar muchos siglos antes que se confirme o se desmienta, puesto que lo explorado hasta ahora es infinitesimal en comparación con la magnitud del Universo visible.

SIN embargo, a pesar de que la verdadera edad espacial está aún muy lejos, todos estos conceptos de mundo abierto, de aventura ilimitada, de posibilidades nuevas, influye probablemente de una manera muy profunda en los asuntos de la Tierra. Usando de términos mayores, de los que se escriben con mayúsculas, podemos decir que el conflicto que se plantea actualmente en la mentalidad de las generaciones nuevas es el de la Esperanza y el Terror. La esperanza de la apertura del Universo, el terror de la destrucción nuclear. Los dos extremos del dilema de nuestro tiempo son mucho más que términos metafísicos: son realidades científicas que se miden, que se tocan, que se ven venir. No hay escepticismo posible; no hay, digamos, ateísmo posible ante esta dualidad de la esperanza y el terror que se ha escapado de cualquier contexto teológico para ser perfectamente humana. Si antes eran sólo los grandes pensadores de la religión los que se quedaban estupefactos ante la «vanidad de vanidades» en que se desarrollaba la vida de este bajo mundo, ante la extraña danza de intereses efímeros en que se olvidaba la inmediatez del juicio divino, ahora la noción de la insensatez de los pequeños movimientos llamados políticos y de los pequeños juegos humanos se ha ampliado y es la razón esencial **SIGUE**

200
SEMANAS



Se ha descubierto que la mujer se encuentra en una situación de inferioridad, que vive en un mundo hecho por los varones y su medida, y que la glorificación de épocas anteriores era un revestimiento de mitos.



Antonioni ha enseñado a mirar de otra manera el mundo. Los largos muros blancos, los campos sin límites, los cielos rasos, y en ellos una figura femenina distinta, lineal, filiforme, silenciosa: Mónica Vitti.



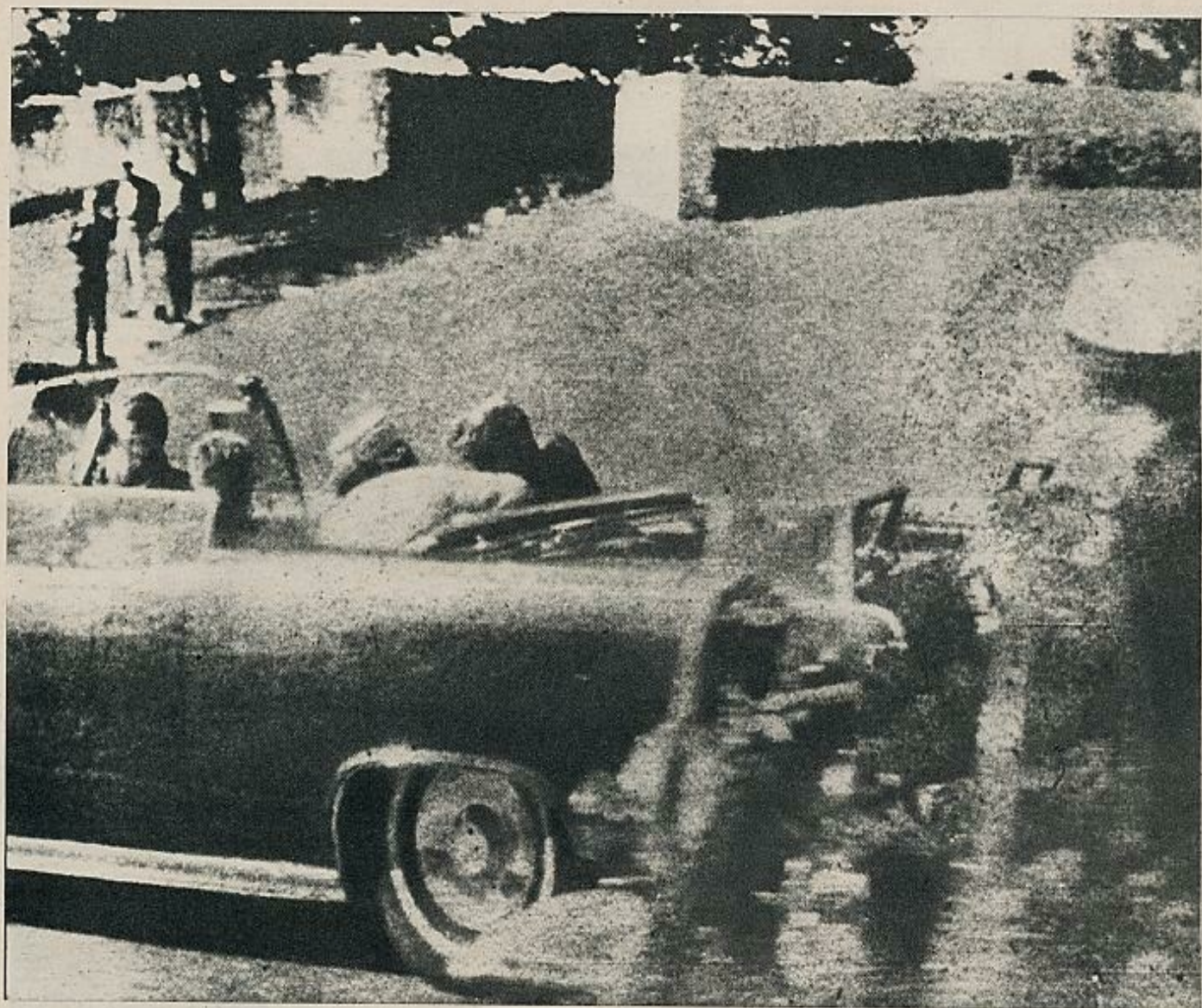
La Iglesia Católica no puede ser considerada como inmadura, y los Padres Conciliares no son niños, y, sin embargo, acaban de dirigir en estos cuatro años su Institución hacia una nueva manera de contemplar la religión y participar en ella. Muchas personas han considerado que es hora de cambiar los modos de vida.





La guerra fría estaba abierta; las conversaciones de Ginebra no habían conseguido cortar los ensayos nucleares y se iba a producir, en 1962, el punto culminante: la crisis de Cuba. Más tarde, el viaje de Pablo VI a la India, y especialmente el realizado por él a la O.N.U., contribuiría a rebajar la tensión en este sentido.





En un breve lapso de tiempo desaparecen de la vida pública Kennedy —asesinado en Dallas— y Krushev, depuesto de su cargo, en una decisión que fue muy discutida.



de esa mirada abrasadora, de ese desdén, de ese juicio negativo con que las nuevas generaciones consideran al mundo de los adultos. La cuestión está en que en otros tiempos los rostros de los dioses y sus designios eran inescrutables; mientras que hoy el supremo premio, el supremo castigo, reside en el puño cerrado de personajes como Johnson, Kosyguin o De Gaulle. Los cuales pueden tener algún interés como políticos, pero como dioses resultan perfectamente ridículos.

NO se debe desprender de todo lo anteriormente dicho que estamos en presencia de un «conflicto de generaciones». Las tendencias que han aparecido en estas doscientas semanas —o que se han confirmado en ellas— pueden dar a veces esa sensación, ese espectáculo, no es eso. Podemos tomar a los Estados Unidos como punto de referencia, porque en el mundo occidental en que vivimos es el que posee las máximas bazas en este juego técnico de la esperanza y el terror y por consiguiente ofrece mayor movilidad intelectual. El diálogo entre partidarios y enemigos de la guerra en el Vietnam no se reduce a la juventud y la madurez; si el retroceso es más vivo en las capas demográficas — **SIGUE**



Con Johnson en el poder se deshace el neutralismo del Tercer Mundo, arde la guerra del Vietnam. El diálogo entre partidarios y enemigos de ella no se reduce a la juventud y la madurez: si el retroceso es más vivo en las capas demográficas juveniles es simplemente porque están implicadas directamente en el desarrollo de la guerra y en su posible extensión.





En otros tiempos, los rostros de los dioses y sus designios eran inescrutables; mientras que hoy, el supremo premio, el supremo castigo, reside en el puño cerrado de personajes como Johnson, Kosyguin o De Gaulle, que pueden tener algún interés como políticos, pero como dioses resultan perfectamente ridículos.





La esperanza de la apertura del Universo, el terror de la destrucción nuclear. Los dos extremos del dilema de nuestro tiempo son mucho más que términos metafísicos: son realidades científicas que se miden, que se ven venir. Entre ellas, como una de sus manifestaciones, está la acuciante del hambre en la India...

ficas juveniles es simplemente porque esas capas están implicadas directamente en el desarrollo de la guerra y en su posible extensión. Pero la punta de lanza de la reacción contra la guerra la están llevando senadores como Mansfield, como Morse, como Fullbright, que son generalmente de edad avanzada; y la están difundiendo intelectuales de generaciones pasadas. Algo similar puede decirse con respecto al movimiento de liberación de los negros. Mauriac era un anciano cuando se plantó frente al poder por la guerra de Argelia. La Iglesia Católica no puede ser considerada como inmadura, y los Padres Conciliares no son niños; y, sin embargo, acaban de dirigir en estos cuatro años su institución hacia una nueva manera de contemplar la religión y de participar en ella. Serenamente considerada, la cuestión está en que en nuestro tiempo un cierto número de personas ha considerado que es hora de cambiar los modos, los sistemas de vida; y que la mayor parte de la juventud —de la juventud pensante—

participa de esa novedad de puntos de vista. La novedad está en la participación de la juventud, que modifica los antiguos datos de resignación o de desencanto de la juventud. Como no puede decirse que haya un conflicto de sexos, una guerra de sexos por el hecho de que la mujer participe cada día más en tareas reservadas, hasta ahora, al hombre. A mi juicio, el tema social de nuestra era está sobre todo en la participación en la vida activa de un mayor número de personas. Si contemplamos cualquier forma de sociedad recientemente pasada veremos que la pirámide social era aguda; esa pirámide se va ahora achatando, aproximadamente a la base. Antes de la segunda guerra mundial las tres cuartas partes de la humanidad estaban colonizadas: en las potencias colonizadoras, una inmensa mayoría de la población carecía de representación en la vida pública, y la minoría dominante estaba perfectamente jerarquizada hasta llegar a una cumbre máxima —que en sus extremos patológicos se llamaron Hitler

o Stalin—. Hoy los pueblos que fueron colonizados cuentan en la vida pública; tendrán escaso poder militar y económico, se verán expuestos a intervenciones y a influencias de los llamados «grandes», pero estos «grandes» cuentan con su existencia, con su voluntad, con sus posibles cambios. En las naciones que por ahora conducen la punta de la civilización no se puede gobernar ya sin tener en cuenta el interés del pueblo, la vitalidad del pueblo; pero no de una manera retórica y oratoria, como antes; no para fascinar al pueblo con promesas y discursos, sino para escucharle y ser sensible a sus cambios. La incorporación de los jóvenes y de las mujeres a la vida activa es simplemente uno de los factores que contribuyen a este achatamiento de la pirámide que no es, en suma, más que la iniciación de una nueva forma natural de la democracia. El peso máximo de la juventud lo da no sólo su toma de conciencia, sino también su fuerza demográfica, el hecho antes citado de que más de la mitad de la población del mundo tenga menos de veinticinco años.